

«LA ESFERA» EN EL EXTREMO ORIENTE

LOS TRABAJOS DE LOS MISIONEROS EN CHINA

CAMINO DE YU-SIANG EN EL CHANTUNG.—UN PUEBLO CHINO CONVERTIDO AL CATOLICISMO.—SOBRE EL PUEBLO SE DESATA UNA EPIDEMIA.—CURAS DE ALMAS Y CURAS DE CUERPOS.

EL misionero y yo caminamos al pie de la montaña bordeada de bambúes. A nuestros pies se abre un barranco ancho y poco profundo, una rambla arenosa por donde corre mansamente el agua. Las altas siluetas de los bambúes se proyectan en los remansos, y en multitud de islotes crecen palmeras enanas. El sol templa sus rayos en las limpias aguas y en el horizonte limitado por las montañas se divisa un halo como de oro pulverizado.

Toda la naturaleza, á nuestro rededor, parece entregada á su misterioso trabajo. También nosotros vamos á trabajar. Nos dirigimos á Yu-siang, un pueblo chino convertido al Cristianismo por los misioneros católicos, y cuyos naturales están edificando una iglesia donde apenas si podrán oír dos ó tres misas al año.

El misionero ha reclamado mi auxilio. Sobre el pueblo se ha desencadenado una epidemia y el rebaño del buen sacerdote se ve terriblemente reducido por la muerte. Los médicos chinos han practicado sangrías, han utilizado su recetario en combinación con las fases favorables de la luna, y al fin han movido la cabeza en señal de impotencia. Entonces el buen misionero, que no quiere abandonar á su grey en la hora del peligro, les ha pedido autorización para llevarles un médico extranjero.

Y he aquí por qué vamos camino de Yu-siang un médico de almas y un médico de cuerpos, en un atardecer del mes de Abril, por estos apartados lugares de la tierra, que son, por su escepticismo y su idolatría, la pesadilla de los misioneros cristianos.

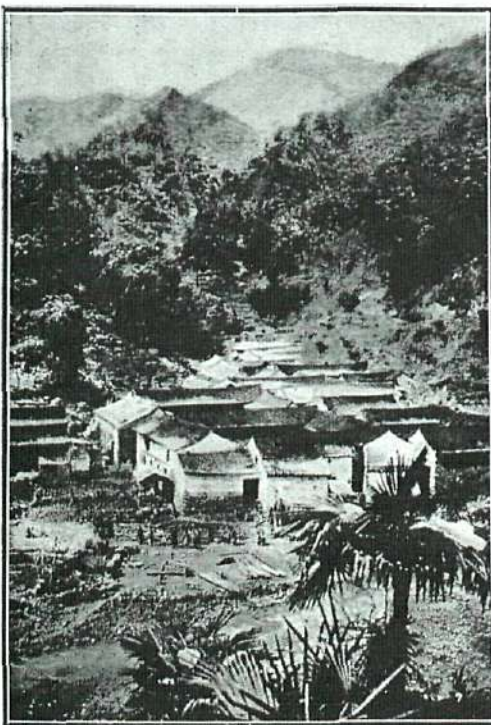
LA MIES ES ABUNDANTE, MAS LOS OPERARIOS ESCASEAN.—EN TODA EL ASIA HAY CINCO MIL MISIONEROS CATÓLICOS.—ESTADÍSTICAS.—DIEZ MIL IGLESIAS Y DOS MILLONES DE CATÓLICOS PARA CUATROCIENTOS CINCUENTA MILLONES DE INFIELES.—EL CAZADOR DE ALMAS

El camino es largo. Aún faltan varias millas para llegar al pueblo. El padre misionero va sumido en profundas meditaciones, tras las cuales veo que sus labios se mueven imperceptiblemente. Está rezando. Tal vez pide á Dios que acoja en su seno las almas de aquellos sus hijos de la raza amarilla que acaban de ser purificados por las aguas lustrales del bautismo. O tal vez pide para aquellos otros que mueren en la aberración idolátrica sin haber conocido al verdadero Dios.

El misionero sigue rezando. Respeto su silencio, y sólo cuando levanta la cabeza, lanza un suspiro y contempla el camino, me decido á interrogarle.

—¿Obtienen ustedes provechos fecundos de la propaganda misional?—pregunto.

—La mies es abundante— responde el buen misionero—, mas los operarios escasean. Somos muy pocos. Para toda el Asia, con una población de novecientos millones de habitantes, hay menos de cinco mil sacerdotes. ¿Qué es tal puñado de hombres perdido en estas inmensidades territoriales? Hágase usted cargo. ¡Sólo Italia, con una población de poco más de treinta millones de almas, tiene setenta mil trescientos sacerdotes y catorce mil



El pueblo chino de Yu-Siang convertido al cristianismo. En primer término, preparado los materiales para la construcción de su Iglesia, donde apenas podrán decirse dos ó tres misas al año

doscientos cincuenta clérigos! Y lo mismo podemos decir de España. ¿Qué representan, pues, esos cinco mil sacerdotes ante el incalculable trabajo que han de realizar en esta parte del mundo que es cuatro veces y media mayor que Europa? Un cálculo aproximado nos dará cuarenta y seis misioneros por cada Misión. Pues bien; casi todas estas Misiones son mucho mayores y tienen más habitantes que España entera, como la Misión de Ayderabad, que cuenta con treinta y cinco millones de habitantes, y otras, como la de Kiamman, cuya población es de cincuenta millones.

—¿Cuál era la situación del catolicismo en China al empezar la revolución actual?

—Según los datos recogidos por el ilustre é

infatigable padre Caralt, uno de los grandes luchadores de la fe católica en estas latitudes, el progreso del catolicismo en China es muy importante. Para su enorme población de cuatrocientos cincuenta millones de habitantes, China no tenía en 1800, más que cinco pobres Misiones, y los católicos eran sólo en número de doscientos dos mil. Hoy, este inmenso imperio tiene una diócesis, cuarenta vicariatos apostólicos, cuatro prefecturas, regidos, respectivamente, por otros tantos obispos y prefectos apostólicos. El número de los católicos asciende á dos millones, con mil cuatrocientos misioneros, seiscientos sacerdotes indígenas, dos mil religiosos y siete mil novecientos catequistas. Hay en China más de diez mil iglesias y capillas, con ciento cincuenta y cuatro seminarios.

—Pero esos son magníficos resultados!—exclamo.

—En la Indochina tenemos los mismos relativos progresos. Indochina comprende las inmensas regiones de Birmania, Cambodge, Cochinchina, el reino de Siam, Malacca y Tonkin. En 1800, los católicos de todas estas regiones no pasaban de 319.000. Hoy, en cambio, se cuentan un millón sesenta mil, con diez y siete obispos y mil doscientos cincuenta sacerdotes.

—Espléndidas cifras, padre.

—Sí, relativamente. El estudio comparativo de aquel tiempo con el de ahora es un consuelo y un estímulo. Pero hay mucho que hacer. ¡Es un dolor contemplar las mieses abundantes y no poderlas cosechar! ¡El número de almas que se pierden se cuentan por millones! Ahí lo tiene usted, en el terrible lenguaje de la estadística, con la rigidez inexorable de los números. Contrista el alma pensar que después de tantos siglos de llevada á cabo la Redención, después de tan enormes sacrificios, de tanta sangre derramada, quede aún tanto trabajo por hacer. Necesitamos, como dijo recientemente el Padre Santo, legiones de héroes que para combatir las batallas del Señor vayan á cualquier parte del mundo en donde luchan frente á frente el error y la verdad, las tinieblas y la luz, Satanás y Dios...

—¡Es verdaderamente admirable la labor de esos voluntarios, obscura, penosa, valerosa y callada! ¡Sí, es admirable!

—El misionero lo es, generalmente, por vocación, y ha de ser un codicioso cazador de almas. Crea usted que cuando uno presencia tantos millones de seres que viven y mueren en la más negra ignorancia, oye uno gritar en su corazón aquel desconsolado lamento de Cristo: «¿Para qué ha servido mi sangre?» Entonces iría uno hasta el fin del mundo para rescatar un alma, aunque allí encontrase la muerte.

La figura de este pobre misionero se va agrandando por la caridad de sus palabras, como la sombra inmensa de una nube.

Yo camino detrás de él y lo contemplo con ternura. Me parece que voy por los campos de Asia en compañía de un santo. Esta frágil y vieja máquina humana, llena de actividad y de entusiasmos locos, tiene en su corazón la chispa de fuego que enardeció á los Apóstoles cuando les ordenó Jesús: «Id y enseñad á todas las gentes.»

CUADRO DE SOMBRAS.—LA VIDA EN CHINA.—LOS CHINOS IGNORAN LA CARIDAD.—LOS CHINOS SON BUENOS CATÓLICOS. ¡VENGAN VESTIDOS NEGROS!



El reverendo P. Caralt enseñando chino á sus alumnos del Canadá, de los cuales la mayoría son irlandeses y están en la China de Misioneros

De nuevo vuelvo á oír su voz:

—Tras el cuadro de luz, preciso es también contemplar el cuadro de sombras. El mundo, según las más recientes estadísticas, tiene un número de habitantes que se aproxima á 1.700 millones. De éstos, tan sólo 300 millones son católicos. Y con colores aun más oscuros pudiéramos pintar el campo de acción que nosotros tenemos en la China. Aquí, en este país, una secreta y constante inquietud domina los espíritus; la gente ignora la santa libertad de los hijos de Dios; se desconoce la paz de la conciencia. el terror, medio de gobierno pagano, el terror lo es todo aquí, donde, por otra parte, la justicia es venal, el fraude cosa corriente, y la caridad, la reina de las virtudes cristianas, no es conocida ni aun de nombre.

Y á todos estos males ha venido ahora á añadirse la revolución, con su cortejo de crueldades sangrientas.

—Y diga usted: ¿los chinos que se convierten son buenos católicos?

—¡Oh, sí! Mire una carta que he recibido de una ciudad del interior, adonde, por mis trabajos y cuidados hace más de diez años, no he podido volver.

Y alargando el brazo me tiende una carta, que traducida en inglés dice así:

«Gran Padre, nosotros te escribimos sin concertarte. Sabemos que tú nos amas, porque amabas á nuestros padres, y nosotros también te amamos, porque eres tú quien nos manda la Ropa Negra. Ahora no los tenemos. Hemos aprendido las santas oraciones; pero ellos se han ido á otras partes, porque hay muchos hermanos nuestros que no las saben. Son muy infelices. Tú que tienes buen corazón envíanos misioneros que nos lleven al cielo, y nosotros los recibiremos con alegría y no les faltará nada. Ellos serán los dueños de nuestras casas, y siempre les obedeceremos.»

—Muchas veces—agrega el misionero cuando termino la lectura de la carta—nos han dicho parecidas palabras: «¡Vengan Vestidos Negros! ¡Vengan Vestidos Negros, y nosotros abrazaremos la doctrina del Grande Espíritu!» Sí—termina el buen apóstol melancólicamente—, la mies es abundante, pero los operarios son pocos.

—¿Y los que se han convertido, ayudan después á la obra de propagación?—pregunto al Padre.

—Los tenemos muy entusiastas y abnegados; los tenemos místicos y llenos de piedad... Tenemos entre ellos hijos muy caritativos. No olvide usted que esta raza, entregada á su idolatría, es



Un mortón de niños recogidos entre los escombros de una ciudad china, transportados en un carretón á la casa del misionero que se encargará de su cuidado

particularmente cruel: derrama la sangre con absoluta indiferencia, y desde tiempos inaccesibles ha practicado la pena del Talió. Aquí hace falta enseñar caridad, piedad, amor cristiano. Y, gracias á Dios, hemos obtenido discípulos fervorosos, ardientes en el amor y, sobre todo, en el afán de saber. Luego, son muy inteligentes, comprenden pronto y asimilan bien las enseñanzas. Hay seminaristas jóvenes que con el auxilio del latín y el griego han conseguido aprender rápidamente casi todas las lenguas europeas.

UN GRAN MISIONERO CATALÁN.—EL BOTÍN GANADO AL DIABLO.—VAN SACERDOTES IRLANDESES.—UN COLEGIO EN EL CANADÁ Y OTRO EN BARCELONA.

—¿Hay buenos seminaristas en China?

El Padre mueve la cabeza. Se ve que no quisiera responder; pero, esclavo de la verdad, dice:

—No. No hay buenos seminaristas por falta de profesores. Hay pocos voluntarios. No hay miedo que pase lo que en Roma en tiempos de Escipión el Africano, cuando el Senado tuvo que prohibir los enrolamientos de voluntarios para la mortal expedición de Numancia, por temor de que se despoblara Italia... Pero España empieza á interesarse por la obra, y todo hace esperar que en un plazo no lejano dará un contingente moral y material importantísimo para las misiones.

—De dónde han recibido, pues, las misiones católicas de China sus principales refuerzos?

—Verá usted... Todavía no hace seis años, cuando el padre Caralt vino de su misión del Kwansin á Hong-Kong, según él mismo nos ha contado, cargado de ídolos que trajo triunfante, como despojos arrebatados al diablo, al cual dejó corrido y avergonzado con la pérdida de unas cuatrocientas sesenta almas... Llegado á Hong-Kong, halló al padre Fraser, natural del Canadá. Aprovechando esta ocasión, el padre Caralt contó sus trabajos apostólicos á este gran misionero, el cual recientemente había recibido el ofrecimiento de centenares de sacerdotes irlandeses para las misiones de la China. Han venido cuatrocientos. El padre Fraser oyó las quejas del misionero español y le invitó á ir con él al Canadá, para establecer allí un Colegio Apostólico para las misiones de la China. El padre Caralt solicitó el permiso, lo obtuvo, y el Colegio se ha fundado. Después de esto, y gracias á la infatigable labor del mismo padre Caralt, se logró crear en Barcelona, patria del misionero, un

Instituto Misional para la China, el cual dará ópimos frutos.

LOS CHINOS SON FÁCILES DE CONVERTIR.—DESOLACIÓN.—UN CARRETÓN DE NIÑOS RECOGIDOS Y LLEVADOS Á LA CASA DEL MISIONERO.

—Y diga usted, padre: ¿son fáciles de convertir los chinos?

—China es una nación donde las personas son muy pobres y religiosas, y, por lo tanto, más fáciles de convertir. Ahora, con motivo de la guerra civil, hay en muchos lugares una miseria espantosa. Los padres venden á sus hijos, si hay quien los compre; si no, los abandonan y abandonan sus casas; otros mueren, y quedan, de una manera ó de otra, millares de criaturas en el desamparo. De entre los escombros de una ciudad destruída me llevaron un día un carretón de niños. Ya los verá usted...

LLEGAMOS AL PUEBLO.—TEMPLO BUDISTA DESTRUÍDO POR LA NUEVA FE.—YO SOY EL BAJEL BIENHECHOR.—LA TAZA DE TÉ.

Mientras hablamos nos hemos ido acercando á Yu-siang. El sol, que declina, prolonga cada vez más las sombras sobre la tierra. Croan las ranas en los charcos, y los pájaros entonan la despedida al sol. Al doblar el recodo de un monte descubrimos las primeras, humildes casas del pueblo.

—Aquí había un templo á la diosa Fo—dice el misionero—. Lo hemos destruído. No he querido que se edifique la iglesia en este lugar, donde tantas ceremonias se hicieron al diablo. La edificarán más adentro del pueblo.

Los naturales de Yu-siang nos han divisado, y salen á encontrarnos. Gritan los chicos, y una muchacha se adelanta al sacerdote y lo saluda poniendo las manos á la altura del pecho. Algunos se arrodillan. También á mí me saludan, y al saber que voy á curar la epidemia que les aflige, me llaman «bajel bienhechor», y me comparan á Kwang, el Esculapio del Celeste Imperio.

En medio de la algazara, voces, saludos y reverencias nos acompañan hasta el alojamiento del misionero, y nos sirven el té, el té inevitable en toda recepción ó visita china.

JOSY MORISON

Shanghai, 1927.

(Fots. de los Misioneros)



Un seminarista chino rezando. En el vasto ex imperio hay falta de profesores, y Su Santidad espera que el clero español cooperará á la gran obra de educación católico-social



Un joven estudiante, educado por los misioneros, que, usando del latín como llave de casi todos los idiomas europeos, ha adquirido una cultura envidiable